

TERCERA PREDICACIÓN
“Junto a la Cruz de Jesús estaba María su Madre”
Pbro. Raniero Cantalamessa, OFCap
Cuaresma 2020



María en el Calvario

La palabra de Dios que nos acompaña en nuestra meditación es la de Juan:

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al lado al discípulo amado, dice a su madre: “¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!” Después dice al discípulo: “¡Ahí tienes a tu madre!” Y desde aquel momento el discípulo la acogió como algo propio» (Jn 19,25-27).

De este texto, tan profundo, consideramos en esta meditación, sólo la primera parte, la narrativa, dejando para el próximo encuentro el resto del pasaje evangélico que contiene las palabras de Jesús.

Si en el Calvario, junto a la cruz de Jesús, estaba María su Madre, quiere decir que ella estaba en Jerusalén en aquellos días y, si estaba en Jerusalén, entonces vio todo, asistió a todo. Asistió a los gritos: «¡Barrabás, no él!»; asistió al Ecce homo, vio la carne de su carne flagelada, sangrante, coronada de espinas, semidesnuda delante de la multitud, temblando, sacudida por escalofríos de muerte, en la cruz. Escuchó el ruido de los golpes de martillo y los insultos: «Si eres el Hijo de Dios...». Vio a los soldados que se dividían sus vestiduras y la túnica que probablemente ella misma había tejido.

«Estaban —se lee— junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena». Había, pues, un grupo de mujeres, cuatro en total (como aparece en el icono). Por lo tanto, María no estaba sola; era una de las mujeres. Sí, pero María estaba allí como «su madre» y esto cambia todo, poniendo a María en una situación totalmente distinta a las otras. Recuerdo el funeral de un joven de 18 años. Varias mujeres seguían al féretro. Todas estaban vestidas de negro, todas lloraban. Todas parecían iguales. Sin embargo, entre ellas había una distinta, una a la que todos los presentes tenían en cuenta, a la que todos, sin darse vuelta, miraban a escondidas: la madre. Era viuda y tenía solo ese hijo. Miraba el ataúd, se veía que sus labios repetían sin pausa el nombre del hijo. Cuando los fieles, en el momento del Sanctus, se pusieron a proclamar «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo», también ella, sin darse cuenta siquiera, se puso a murmurar: Santo, Santo, Santo... En ese momento pensé en María al pie de la cruz.

No obstante, a ella se le pidió algo mucho más difícil: perdonar. Cuando escuchó al Hijo que decía: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34), ella entendió lo que el Padre celeste esperaba de ella: que dijera con el corazón las mismas palabras: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y ella las dijo. Perdonó.

Si María pudo ser tentada, como lo fue también Jesús en el desierto, esto sucedió, sobre todo, al pie de la cruz. Y fue una tentación profundísima y dolorosísima, porque tenía por motivo al mismo Jesús. Ella creía en las promesas, creía que Jesús era el Mesías, el Hijo de Dios, sabía que, si Jesús hubiera orado, el Padre le habría enviado «más de doce legiones de ángeles» (Mt 26,53). Pero ve que Jesús no hace nada. Liberándose a sí mismo de la cruz, la liberaría también a ella de su tremendo dolor, pero no lo hace. Sin embargo, María no grita: «¡Baja de la cruz; sálvate a ti y a mí!», o: «Has salvado a muchos otros, ¿por qué no te salvas ahora también a ti,

hijo mío?», aunque es fácil intuir hasta qué punto un pensamiento o deseo similar se asomaría espontáneamente al corazón de una madre. María calla.

Humanamente hablando, María tuvo todos los motivos para gritar a Dios: «¡Me has engañado!», o, como gritó un día el profeta Jeremías: «¡Me sedujiste Señor y me dejé seducir!» (Jer 20,7), y escapar del Calvario. En cambio, ella no escapó, sino que permaneció «de pie», en silencio, y así se convirtió, de un modo especial, en mártir de la fe, testigo supremo de la confianza en Dios, tras el Hijo.

Esta visión de María que se une al sacrificio del Hijo encontró una expresión sobria y solemne en un texto del Concilio Vaticano II:

«La Santísima Virgen también avanzó en el camino de la fe y conservó fielmente su unión con el Hijo hasta la Cruz, donde, no sin un designio divino, se mantuvo de pie, sufrió profundamente con su Unigénito y se asoció con ánimo materno a su sacrificio, consintiendo amorosamente a la inmolación de la víctima engendrada por ella misma» .

María no estaba, pues, «junto a la cruz de Jesús», cerca de él, sólo en sentido físico y geográfico, sino también en sentido espiritual. Estaba unida a la cruz de Jesús; estaba dentro del mismo sufrimiento. Ella fue la primera de los que «compartieron su pasión» (Rom 8,17). Sufría en su corazón lo que el Hijo sufría en su carne. ¿Y quién podría sólo pensar diferente, si apenas sabe lo que quiere decir ser madre?

Jesús también era hombre; como hombre, en este momento, él no es, a los ojos de todos, más que un hijo ejecutado en la presencia de la madre. Jesús ya no dice: «¿Qué quieres de mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora» (Jn 2,4). Ahora que su «hora» ha llegado, hay entre él y su madre una gran cosa en común: el mismo sufrimiento. En esos momentos extremos, en los que incluso el Padre se ha retirado misteriosamente de la mirada del hombre, a Jesús le queda solo la mirada de la madre, en la que buscar refugio y consuelo. ¿Despreciaría esta presencia y este consuelo materno, aquel que en el Getsemaní pidió a los tres discípulos diciendo: «Quedaos aquí, y velad conmigo» (Mt 26,38)?

Estar junto a la cruz de Jesús

Ahora bien, siguiendo, como siempre, nuestro principio-guía, según el cual María es figura y espejo de la Iglesia, su primicia y modelo, debemos plantearnos la pregunta: ¿Qué quiso decir a la Iglesia el Espíritu Santo, disponiendo que en la Escritura estuviera registrada esta presencia de María y esas palabras de Jesús sobre ella?

También esta vez, es la Palabra misma de Dios la que, implícitamente, delinea el tránsito de María a la Iglesia, y dice qué debe hacer todo creyente para imitarla: «Junto a la cruz de Jesús —está escrito— estaba María su Madre y junto a ella el discípulo que él amaba». En la noticia está contenida la parénesis. Lo que sucedió ese día indica lo que debe suceder cada día: es necesario estar junto a María al pie de la cruz de Jesús, como estuvo el discípulo al que él amaba. Hay dos cosas contenidas en esta frase: primero, que es necesario estar «junto a la cruz», y, segundo, que es necesario estar junto a la cruz «de Jesús». Se trata de dos cosas distintas aunque inseparables.

Estar junto a la cruz «de Jesús». Estas palabras nos dicen que lo primero que hay que hacer, lo más importante de todo, no es estar junto a la cruz en general, sino estar junto a la cruz «de Jesús». Que no basta estar junto a la cruz, es decir, en el sufrimiento, estar ahí incluso en silencio. ¡No! Esto parece ya por sí algo heroico y, con todo, no es lo más importante. De hecho, puede

no ser nada. Lo decisivo es estar junto a la cruz «de Jesús». Lo que cuenta no es la propia cruz, sino la de Cristo. No es el sufrir, sino el creer y apropiarse así del sufrimiento de Cristo. Lo primero es la fe. Lo más grande de María al pie de la cruz fue su fe, más grande incluso que su sufrimiento. Pablo dice que el Evangelio es fuerza de Dios «para todos los que creen» (cf. Rom 1,16) Para todos los que creen, no para todos los que sufren, aunque, como veremos, las dos cosas están normalmente unidas entre sí.

Aquí está la fuente de toda la fuerza y la fecundidad de la Iglesia. La fuerza de la Iglesia viene de predicar la cruz de Jesús —es decir, de algo que a los ojos del mundo es el símbolo mismo de la estupidez y de la debilidad—, renunciando, de ese modo, a toda posibilidad o voluntad de afrontar el mundo incrédulo y despreocupado con sus mismos medios que son la sabiduría de las palabras, la fuerza de las argumentaciones, la ironía, el ridículo, el sarcasmo y todas las demás «cosas fuerte del mundo» (cf. 1 Cor 1,27). Es necesario renunciar a una superioridad humana, para que pueda salir a la luz y actuar la fuerza divina contenida en la cruz de Cristo. Es necesario insistir sobre este primer punto porque todavía hay necesidad de ello. La mayoría de los creyentes no ha sido ayudada a entrar en este misterio que es el corazón del Nuevo Testamento, el centro del kerigma y que cambia la vida.

«Estar al pie de la cruz». Pero, ¿cuál es el signo y la prueba de que se cree realmente en la cruz de Cristo, que «la palabra de la cruz» no es, precisamente, sólo una palabra, es decir un principio abstracto, una bella teología o ideología, sino que es verdaderamente cruz? El signo y la prueba es tomar la propia cruz y seguir a Jesús (cf. Mc 8,34). El signo es participar en sus sufrimientos (Flp 3,10; Rom 8,17), estar crucificados con él (Gal 2,20), completar, mediante los propios sufrimientos, lo que falta a la pasión de Cristo (Col 1,24). Toda la vida del cristiano debe ser un sacrificio viviente, como el de Cristo (cf. Rom 12,1). No se trata sólo de sufrimiento aceptado pasivamente, sino también de sufrimiento activo, vivida en unión con Cristo: «castigo mi cuerpo y lo someto» (1 Cor 9,27). «Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio ¿y tú buscas para ti descanso y alegría?, amonesta el autor de la Imitación de Cristo .

Han existido, de hecho, en la Iglesia dos modos diversos de ponerse delante de la cruz y de la pasión de Cristo: uno, más característico de la teología protestante, basado en la fe y la apropiación, que hace hincapié en la cruz de Cristo, y otro —cultivado, al menos en el pasado, con preferencia por la teología católica— que insiste en sufrir con Cristo, en compartir su pasión y, como en el caso de ciertos santos, en revivir la pasión de Cristo incluidos los estigmas. El ecumenismo nos empuja a reconstruir la síntesis de lo que, poco a poco, en la Iglesia ha terminado por estar en contraposición.

No se trata, evidentemente, de poner en el mismo plano lo obrado por Cristo y lo obrado por nosotros, sino de acoger la palabra de la Escritura que dice que una cosa —ya sea la fe o las obras—, sin la otra, está muerta (cf. Stg 2,14ss). Es la fe misma en la cruz de Cristo la que tiene necesidad de pasar a través del sufrimiento para ser auténtica. La primera carta de Pedro dice que el sufrimiento es el «crisol» de la fe, que la fe tiene necesidad del sufrimiento para ser purificada, como el oro en el fuego (cf. 1 Pe 1,6-7).

Nuestra cruz no es en sí misma salvación, no es ni fuerza ni sabiduría; por sí misma es pura obra humana, o incluso castigo. Se convierte en fuerza y sabiduría de Dios en cuanto que —acompañada por la fe y por disposición de Dios mismo— nos une a la cruz de Cristo. «Sufrir —escribía san Juan Pablo II desde su lecho del hospital tras el atentado—, significa hacerse particularmente susceptibles, particularmente abiertos a la obra de las fuerzas salvíficas de Dios, ofrecidas a la humanidad en Cristo». Sufrir une a la cruz de Cristo de manera no sólo intelectual,

sino existencial y concreta; es una especie de canal, de vía de acceso, a la cruz de Cristo, no paralela a la fe, sino formando un todo con ella.

«Esperó contra toda esperanza»

Pero ahora debemos ampliar nuestro horizonte. Para el evangelista Juan, la cruz de Cristo no es solamente el momento de la muerte de Cristo, sino también el de su «glorificación» y triunfo. La resurrección ya está operante en el signo del Espíritu que se derrama (cf. Jn 7,37ss.). Por tanto, María en el Calvario compartió con su Hijo no solo la muerte, sino también las primicias de la resurrección. Una imagen de María al pie de la cruz, en la que María está solo «triste, afligida, llorosa», (como canta el *Stabat Mater*), en definitiva, solo la Dolorosa, no sería completa. En el Calvario, ella no es únicamente la «Madre de los dolores», sino también la Madre de la esperanza, «*Mater spei*» como la invoca la Iglesia en su himno.

San Pablo afirma de Abraham que «creyó contra toda esperanza» (Rom 4,18). Lo mismo se debe decir, con más razón, de María al pie de la cruz: ella creyó, esperando contra toda esperanza, es decir, en una situación en la que, humanamente hablando, ya no hay motivo alguno para esperar. De un modo que no podemos explicar (y quizás tampoco ella era capaz de explicarse a sí misma), María, como Abraham, creyó que Dios era capaz de resucitar a su Hijo «incluso de entre los muertos» (cf. Heb 11,19).

Un texto del Concilio Vaticano II menciona esta esperanza de María al pie de la cruz como un elemento determinante de su vocación materna. Dice que al pie de la cruz, «ella cooperó especialmente en la obra del Salvador, con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad».

Pasemos a la Iglesia, es decir, a nosotros. De las tres cosas que la Iglesia conmemora en el triduo pascual —crucifixión, sepultura y resurrección del Señor—, «nosotros —escribió san Agustín— en la vida presente realizamos lo que significa la crucifixión, mientras que mantenemos por fe y esperanza lo que significan la sepultura y la resurrección». También la Iglesia, como María, vive la resurrección «en esperanza». También para ella, la cruz es objeto de experiencia, mientras que la resurrección es objeto de esperanza.

Como María estuvo junto al Hijo crucificado, así la Iglesia está llamada a estar junto a los crucificados de hoy: los pobres, los que sufren, los humillados y los agraviados. Estar con ellos con esperanza. No basta compadecerse de sus penas o incluso tratar de aliviarlas. Es demasiado poco. Esto lo pueden hacer todos, incluso los que no conocen la resurrección. La Iglesia debe dar esperanza, proclamando que el sufrimiento no es absurdo, sino que tiene un sentido, porque habrá una resurrección de la muerte. La Iglesia debe estar «siempre dispuesta a dar razón de su esperanza» (cf. 1 Pe 3,15).

Los hombres tienen necesidad de esperanza para vivir, como del oxígeno para respirar. También la Iglesia necesita esperanza para proseguir su camino en la historia y no sentirse aplastada por las dificultades. La esperanza ha estado durante mucho tiempo, y todavía lo es, entre las virtudes teologales, la hermana menor, la pariente pobre.

El poeta Charles Péguy tiene una bella imagen al respecto. Él dice que las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, son como tres hermanas: dos adultas y una todavía una niña. Caminan juntas por la calle tomadas de la mano, las dos grandes a los lados y la niña pequeña en el centro. La niña es, por supuesto, la esperanza. Todos los que las ven dicen: “¡Ciertamente son las dos adultas las que arrastran a la niña al centro!”. Están equivocados: es la niña Esperanza quien arrastra a las dos hermanas, porque si se detiene la esperanza se detiene todo.

Debemos —como dice el mismo poeta— convertirnos en «cómplices de la pequeña niña esperanza». ¿Has esperado algo ardientemente, una intervención de Dios, y no ha sucedido nada? ¿Has vuelto a esperar de nuevo otra vez más y todavía nada? ¿Ha continuado todo como antes, a pesar de muchas súplicas, muchas lágrimas, y quizás también muchos signos de que esta vez serías escuchado? Tú continúa esperando, espera todavía una vez más, espera siempre, hasta el fin. Hazte cómplice de la esperanza.

Hacerse cómplices de la esperanza significa permitir que Dios te desilusione, que te engañe aquí abajo tantas veces como él quiera. Es más: significa estar contentos en el fondo, en alguna parte remota del propio corazón, de que Dios no te haya escuchado la primera y la segunda vez y que siga sin escucharte, porque así te permite que le des una prueba más, de hacer un acto de esperanza más y cada vez más difícil. Te ha dado una gracia mucho más grande de la que pedías: la gracia de esperar en él. Dios tiene la eternidad para hacerse perdonar el retardo por sus criaturas!

Es necesario sin embargo prestar atención a una cosa. La esperanza no es sólo una bella y poética disposición interior, lo difícil que se quiera, pero que deja, por lo demás, inactivo y sin tareas concretas y, por lo tanto, estéril. Por el contrario, esperar significa justamente descubrir que todavía hay algo que se puede hacer, una tarea que cumplir y que no se nos deja a merced del vacío ni de una paralizante inactividad.

Incluso cuando no hubiera nada más que hacer por parte nuestra, para cambiar una cierta situación difícil, quedaría siempre una gran tarea por cumplir, la de mantenernos bastante comprometidos y mantener lejana la desesperación: la de soportar con paciencia hasta el final. Ésta fue la gran «tarea» que María llevó a cumplimiento, esperando, al pie de la cruz, y en esto ella está dispuesta ahora para ayudarnos también a nosotros. En la Biblia asistimos a auténticos sobresaltos de esperanza. Uno de ellos se encuentra en la tercera Lamentación que es el canto del alma en la prueba más desoladora y que puede ser aplicado casi enteramente a María al pie de la cruz:

«Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo el látigo de su cólera, porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz; me ha tapiado sin salida cargándome de cadenas. Por más que grito: “Socorro”, se hace sordo a mi súplica. Digo: Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor».

Pero he aquí el salto de esperanza que cambia todo: «Que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión; «El Señor es mi herencia», y espero en él. «El Señor es bueno para los que esperan en Él y lo buscan; le irá bien al hombre si es dócil desde joven. Quizá todavía hay esperanza» (cf. Lam 3, 1-29). Desde el momento en que el profeta decide de esperar de nuevo, el tono cambia: la lamentación se cambia en la espera humilde de la intervención de Dios. Dirijamos la mirada, una vez más, a aquella que supo estar al pie de la cruz esperando contra toda esperanza. Invocamos a María como madre de esperanza con las palabras de un antiguo himno de la Iglesia:

Salve Mater misericordiae,
Mater Dei, et mater veniae,
Mater Spei, et mater gratiae,
Mater plena sanctae laetitiae,
O MARIA!

Dios te salve, Madre de misericordia,
Madre de Dios y Madre del perdón.

Madre de la esperanza y Madre de la gracia,
Madre llena de santa alegría,
¡Oh María!

Traducido del original italiano por Pablo Cervera Barranco

- 1.Lumen gentium 58.
- 2.Imitación de Cristo, II, 12,3.
- 3.JUAN PABLO II, Carta apostólica Salvifici doloris 23: AAS 76 (1984) 231.
- 4.Lumen Gentium, 61.
- 5.SAN AGUSTÍN, Cartas 55, 2, 3; 14, 24: CSEL 34,2, 171.195.
- 6.CH. PEGUY, Le porche, en Oeuvres poétiques, 655.